



correr por todo el reino las reliquias y restante de los castellanos, como lo hizo muy cumplidamente. Su condestable Nuño Pereyra, con buen número de gente rompió por las tierras del Andalucía, haciendo correrías, mal y daño, presas por todas partes.

Salieron al encuentro Pero Muñiz, maestre de Santiago, y Gonzalo Nuñez de Guzman, que ya era maestre de Calatrava, y el conde de Niebla, y con lo que quedaba de la pérdida pasada encerraron á los enemigos, que traían ménos gente, y los cercaron como con redes cerca de lugar llamado Valverde. Ellos, visto su peligro, comenzaron á temer y pedir partido; mas también la fortuna aquí les favoreció por un caso no pensado, que al principio de la refriega mataron el caballo al maestre de Santiago y después á él mismo. Por tanto, atemorizados los demás, rehusaron la pelea como desgraciada, y los portugueses se volvieron sin daño á su tierra, alegres y ricos con la presa que llevaban. Al condestable Nuño Pereyra por sus buenos servicios, le dió el nuevo rey el condado de Barcelos. En lugar de Pero Muñiz, hizo el rey de Castilla maestre de Santiago á Garci Fernandez de Villagarcía.

Restaba la guerra que amenazaba de parte de los ingleses, que ponía al rey de Castilla en mayor cuidado de cómo se defendería. Vinose de Sevilla á Valladolid para hacer córtes. El deseo de venganza y reputacion suele calmar en semejantes aprietos: acudió D. Carlos, hijo del rey de Navarra, príncipe valeroso y agradecido para con su cuñado. Acordaron que se hiciesen de nuevo levas de gente en mayor número que hasta allí; que se armasen los vasallos conforme á la posibilidad de cada cual; que se hiciesen rogativas para aplacar á Dios en lugar del luto que traía el rey, y le templó á suplicacion de las córtes; que dentro y fuera del reino procurasen ayudas, y también dinero, de que padecían gran falta. Para esto juzgaban que en Francia tendrían muy cierto el favor y amparo. Despacharon embaxadores, personas muy nobles, sobre esta razon.

Llegados al principio del año de mil y trescientos y ochenta y seis, en Paris, delante del rey y sus grandes, con palabras lastimosas de-

clararon el trabajo de su patria; que demas de los pasados, tales y tan grandes, de Inglaterra se les armaba de nuevo otra tempestad, la cual, si á los principios no se atajaba, á manera de fuego que de una casa salta en otras, primero abrasada toda España, pasaria dende á Francia; que les pesaba mucho de estar reducidos á tal término, que fuesen compelidos á serles tantas veces cargosos sin merecerlo sus servicios, que confesaban ser ningunos, ó cortos por no dar lugar á ello los tiempos; que tenían en la memoria que D. Enrique, su señor, adquirió aquel reino con las fuerzas de Francia, la merced hecha al padre era justo continualla en su hijo, y pensar que desta guerra no dependia sola la reputacion y autoridad, sino la libertad, la vida y todo su estado, de que sin duda, si fuesen vencidos, serian despojados.

Los grandas de Francia, que presentes se hallaron, con su acostumbrada nobleza, todos muy de corazon y voluntad consultados, respondieron que se debía dar el socorro que aquel rey, su aliado y amigo, pedia; en particular, acordaron que fuese de dos mil caballos, y por capitán dellos Luis de Borbon, tío del rey de Francia de parte de madre, y cien mil florines para las primeras pagas. Añadieron que si este socorro no bastase para la presente necesidad, prometían que el mismo rey en persona acudiría con todas las fuerzas y poderes de Francia, y tomaría á su cargo la querella. El pontífice Clemente eso mismo desde Aviñon escribió al rey D. Juan una carta en que le consolaba con ejemplos tomados de los libros sagrados y de las historias antiguas. D. Pedro, conde de Trastámara, primo hermano del rey, que se pasara en tiempo de la guerra de Portugal del ejército real á Coimbra y de allí á Francia, volvió á esta sazón á España, ya perdonado. Poca ayuda era toda esta por estar ya las fuerzas apuradas; la tardanza de los ingleses dió entonces la vida, con que la llaga se iba sanando. El rey de Portugal se armó de nuevo, y puso cerco sobre Coria; no la pudo ganar á causa que le entró gente de socorro; sólo volvió á su reino cargado de despojos.

En Segovia se tornaron á juntar córtes de Castilla, á propósito de dar orden en las derra-



mas que convenian hacerse para recoger dinero. En estas córtes publicó el rey un escrito en forma de ley, en que pretende animar y unir sus vasallos para tomar las armas en su defensa y deshacer la pretension del duque de Alencastre. Entre otras razones que alega, una es la violencia de que usó el rey D. Sancho el Bravo contra sus sobrinos los hijos del infante D. Fernando: el deudo que él mismo tenía con su mujer, en que en su vida nunca fué dispensado; la ilegitimidad de las hijas del rey D. Pedro, como habidas en su combleza durante el matrimonio de la reina doña Blanca; por el contrario, funda su derecho en el consentimiento del pueblo, que dió la corona á su padre, y en la sucesion de los Cerdas, despojados á tuerto. La verdad era que la reina su madre fué nieta de D. Fernando de la Cerda, hijo menor del infante D. Fernando, y nieto del rey D. Alonso el Sabio, y por muerte de otros deudos quedó sola por heredera de sus estados y acciones. No debió de hacer cuenta de D. Alonso de la Cerda, hijo mayor del dicho infante, ni de su sucesion por la renunciacion que él mismo los años pasados hizo de sus derechos y acciones.

Aceptó el de Alencastre el partido que de Portugal le ofrecían, resuelto de aprovecharse de la ocasion que el tiempo le presentaba; intentó pasar por Aragon, y el de Castilla, desque lo supo, de impedirlo, sobre lo cual de entrambas partes se enviaron embajadores á aquel rey. Despedido, pues, de tener aquel paso, en una armada pasó de Inglaterra á España. Aportó á la Coruña á los veintiseis de Julio. Entró en el puerto, en que halló y tomó seis galeras de Castilla: el pueblo no le pudo forzar á causa que el gobernador que allí estaba, por nombre Fernan Perez de Andrada, natural de Galicia, e defendió con mucho valor y lealtad. Eran los ingleses mil y quinientos caballos, y otros tantos arqueros (ca los ingleses son muy diestros en flechar), poca gente, pero que pudiera hacer grande efecto si luégo se juntáran con la de Portugal. Los dias que en aquel cerco de la Coruña se entretuvieron fueron de gran momento para los contrarios, si bien ganaron algunos pueblos en Galicia; la misma ciudad de Santiago, cabeza de aquel estado y reino, se les rin-

dió; si por temor no la forzasen, si por deseo de novedades, no se puede averiguar. Lo mismo hicieron algunas personas principales de aquella tierra, que se arrimaron á los ingleses. Tenían por cierta la mudanza del príncipe y del estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano, traza que á unos sube y á otros abaja.

El de Alencastre, á ruegos del portugues, pasó finalmente á Portugal. Echó anclas á la boca del rio Duero. Tuvieron los dos habla en aquella ciudad de Portu, en que trataron á la larga de todas sus haciendas. Venían en compañía del duque su mujer doña Constanza y su hija doña Catalina, y otras dos hijas de su primer matrimonio, Philipa y Isabel. Acordaron para hacer la guerra contra Castilla de juntar en uno las fuerzas; que ganada la victoria, de que no dudaban, el reino de Castilla quedase por el inglés, que ya se intitulaba rey; para el portugues, en recompensa de su trabajo, señalaron ciertas ciudades y villas; mostrábanse liberales de lo ajeno, y ántes de la caza repartían los despojos de la res. Para mayor seguridad y firmeza de la alianza concertaron que doña Philipa casase con el nuevo rey de Portugal, á tal que el pontífice Urbano dispensase en el voto de castidad, con que aquel príncipe se ligara como maestre de Avis á fuer de los caballeros de Calatrava. Grande torbellino venía sobre Castilla; en gran riesgo se hallaba; los santos sus patronos la ampararon; que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastáran.

Hallábase el rey de Castilla en Zamora; ocupado en apercebirse para la defensa, acudia á todas partes con gente que le venía de Francia y de Castilla; publicó un edicto en que daba las franquezas de hidalgos á los que á sus expensas con armas y caballo sirviesen en aquella guerra por espacio de dos meses: notable aprieto. Á D. Juan Garcia Manrique, arzobispo de Santiago, despachó con buen número de soldados para que fortaleciese á Leon, ca cuidaban que el primer golpe de los enemigos sería contra aquella ciudad, por estar cerca de lo que los ingleses dejaron ganado. Todo sucedió mejor que pensaban. El aire de aquella comar-



ca, no muy sano, y la destemplanza del tiempo, sujeto á enfermedades, fué ocasion que la tierra probase á los extrañss, de guisa que de dolencias se consumió la tercera parte de los ingleses. Además, que como salian sin orden y desbandados á buscar mantenimiento y forraje, los villanos y naturales cargaban sobre ellos y los destrozaban, que fué otra segunda peste no ménos brava que las dolencias.

Así se pasó aquel estío, sin que se hiciese cosa alguna señalada, más de que entre los príncipes anduvieran embajadas. El inglés, con un rey de armas envió á desafiar al rey de Castilla y requerille le desembarazase la tierra y le dejase la corona que por toda razon le tocaba. El de Castilla despachó personas principales; uno era Juan Serrano, prior de Guadalupe (y aquella santa casa era de jerónimos), para que en Orense, do el duque estaba, le diesen á entender las razones en que su derecho estribaba. Hicieron ellos lo que les fué ordenado. La suma era que doña Constanza, su mujer, era tercera nieta del rey D. Sancho, que se alzó á tuerto con el reino contra su padre don Alonso el Sabio, por lo cual le echó su maldicion como á hijo rebelde, y le privó del reino, que restituyó á los Cerdas, cuya era la sucesion derechamente, y de quien descendia el rey su señor. Otras muchas razones pasaron. No se trató de doña María de Padilla, ni de su casamiento, creo por huir la nota de bastardía que á entrambas las partes tocaba. Repiquetes de broquel para en público; que de secreto el prior, de parte de su rey, movió otro partido al duque de casar su hija y de doña Constanza con el infante D. Enrique, que por este medio se juntaban en uno los derechos de las partes: atajo para sin dificultad alcanzar todo lo que pretendian, que era dejar á su hija por reina de Castilla. No desagradó al inglés esta traza, que venia tan bien y tan á cuento á todos, si bien la respuesta en público fué que á ménos de restituirle el reino no dejaria las armas ni daria oído á ningun género de concierto: aún no estaban las cosas sazoadas.

En este estado se hallaban las cosas de Castilla, para caidas y tantos reveses tolerable. El ver que se entretenian, y los males no los atro-

pellaban en un punto, de presente los consolaba, y la esperanza para adelante de mejorar su partido, hacia que el enemigo ya no les causase tanto espanto. Á esta sazón, en lugares asaz diferentes y distantes, casi á un mismo tiempo, sucedieron tres muertes de reyes, todos príncipes de fama. En Hungría dieron la muerte á Cárlos, rey de Nápoles, á los cuatro de Junio, con una partesana que le abrió la cabeza. El primer dia de Enero, luégo siguiente, principio del año mil y trescientos y ochenta y siete, falleció en Pamplona D. Cárlos, rey de Navarra, segundo deste nombre, bien es verdad que algunos señalan el año pasado; mas porque concuerden en el dia, y señalan nombradamente que fué mártres, será forzoso no los creamos. Su cuerpo sepultaron en la Iglesia Mayor de aquella ciudad.

Cuatro dias despues pasó otrosí desta vida en Barcelona el rey de Aragon D. Pedro, quarto deste nombre; su edad, de setenta y cinco años: dellos reinó por espacio de cincuenta y un años ménos diez y nueve dias. Era pequeño de cuerpo, no muy sano; su ánimo muy vivo, amigo de honra y de representar en todas sus cosas grandeza y majestad, tanto que le llamaron el rey don Pedro el Ceremonioso. Mantuvo guerra á grandes príncipes, sin socorro de extraños, solo con su valor y buena maña; en llevar las pérdidas y reveses daba clara muestra de su grande ánimo y valor. Estimó las letras y los letrados; aficionóse más particularmente á la astrología y la alchimia, que enseña la una á adivinar lo venidero, la otra mudar por arte los metales, si las debemos llamar ciencias y artes, y no más aina embustes de hombres ociosos y vanos. Sepultáronle en Barcelona de presente: de allí le trasladaron á Poblete, segun que lo dejó mandado en su testamento.

Al rey de Nápoles acarrió la muerte el deseo de ensanchar y acrecentar su estado. Los principales de Hungría por muerte de Luis, su rey, le convidaron con aquella corona como al deudo más cercano del difunto: acudió á su llamado. La reina viuda le hospedó en Buda magníficamente; las caricias fueron falsas, porque en un banquete que le tenía aparejado, le hizo



alevosamente matar; tanto pudo en la madre el dolor de verse privada de su marido, y á su hija María excluida de la herencia de su padre. De su mujer Margarita, cuya hermana Juana casó con el infante de Navarra D. Luis, segun que de suso queda apuntado, dejó dos hijos, á Ladislao y á Juana Reyes, de Nápoles, uno en pos de otro, de que resultaron en Italia guerras y males; el hijo era de poca edad; la hija mujer, y de poca traza.

El de Navarra de dias atras estaba doliente de lepra; corrió la fama que murió abrasado: usaba por consejo de médicos de baños y fomentaciones de piedra azufre; cayó acaso una centella en los lienzos con que le envolvian, emprendióse fuego, con que en punto se quemaron las cortinas del lecho y todo lo al.

Dióse comunmente crédito á lo que se decia en esta parte, por su vida poco concertada, que fué cruel, avaro y suelto en demasia en los apetitos de su sensualidad. Su hija menor, por nombre doña Juana, ya el Setiembre pasado era ida por mar á verse con su esposo Juan de Monforte, duque de Bretaña. Tuvo esta señora noble generacion, cuatro hijos, sus nombres Juan, Artus, Guillelmo, Ricardo, y tres hijas. Sucedió en la corona de Navarra el hijo del difunto, que se llamó asimismo D. Cárlos, casado con hermana del rey de Castilla, y amigo suyo muy grande. Con la nueva de la muerte de su padre de Castilla, se partió á la hora para Navarra, y hechas las exequias al difunto, y tomada la corona, hizo que en las córtes del reino declarasen al papa Clemente por verdadero pontífice, que hasta entónces, á ejemplo de Aragon, se estaban neutrales sin arrimarse á ninguna de las partes.

Los maliciosos, como es ordinario en todas las cosas nuevas, y el vulgo que no perdona nada ni á nadie, sospechaban y áun decian que en esta declaracion se tuvo más cuenta con la voluntad de los reyes de Francia y de Castilla que con la equidad y razon. El rey de Castilla asimismo, en gracia del nuevo rey, y por obligalle más, quitó las guarniciones que tenia de castellanos en algunas fortalezas y plazas de Navarra, en virtud de los acuerdos pasados; y para que la gracia fuese más colmada, le hizo

sueita de gran cantía de moneda que su padre le debía; obras de verdadera amistad. Con que alentado el nuevo rey volvió su ánimo á recobrar de los reyes de Inglaterra y de Francia muchas plazas que en Normandía y en otras partes quitaron á tuerto á su padre. Acordó enviar al uno y al otro embajadas sobre el caso. Podíase esperar cualquier buen suceso por ser ellos tales que á porfia se pretendian señalar en todo género de cortesía y humanidad; contienda entre príncipes la más honrosa y real. Además que la nobleza del nuevo rey, su liberalidad, su muy suave condicion, junto con las demas partes en que á ninguno reconocia ventaja, prendaban los corazones de todo el mundo, en que se mostraba bien diferente de su padre. El sobrenombre que le dieron de Noble, es desto prueba bastante. En doña Leonor, su mujer, tuvo las infantas Juana, María, Blanca, Beatriz, Isabel. Los infantes Cárlos y Luis fallecieron de pequeña edad. D. Jofre, habido fuera de matrimonio, adelante fué mariscal y marqués de Córtes, primera cepa de aquella casa. Otra hija, por nombre doña Juana, casó con Inigo de Zúñiga, caballero de alto linaje.

En Aragon, el infante D. Juan se coronó asimismo despues de la muerte de su padre; fué príncipe benigno de su condicion y manso, si no le atizaban con algun desacato. No se halló al entierro ni á las honras de su padre, por estar á la sazón doliente en la su ciudad de Girona, de una enfermedad que le llegó muy al cabo. Por lo mismo, no pudo atender al gobierno del reino, que estaba asaz alborotado por la prision que hicieron en las personas de la reina viuda doña Sibyla, y de Bernardo de Forcia, su hermano, y de otros hombres principales, que todos por miedo del nuevo rey se pretendian ausentar. Á la reina cargaban de ciertos bebedizos, que atestiguaban dió al rey, su marido, un judío, testigo poco calificado para caso y contra persona tan grave. Pusieron á cuestion de tormento á los que tenian por culpados, y como á convencidos los justificaron. Á la reina y á su hermano condenaron otrosí á tortura, mas no se ejecutó tan grande inhumanidad; sólo la despojaron de su estado, que le tenia grande, y para sustentar la vida le seña-



laron cierta cantía de moneda cada un año.

Luégo que el nuevo rey se coronó y entró en el gobierno, la primera cosa que trató fué del cisma de los pontífices: así lo dejó su padre en su testamento mandado, so pena de su maldición, si en esto no le obedeciese. Hobo su acuerdo con los prelados y caballeros que juntos se hallaban en Barcelona: los pareceres fueron diferentes y la cuestión muy reñida; finalmente se concertaron en declararse por el papa Clemente, como lo hicieron á los cuatro de Febrero, con aplauso general de todos. Con esto casi toda España quedaba por él, en que su partido y obediencia se mejoró grandemente. Para todo fué gran parte la mucha autoridad y diligencia de D. Pedro de Luna, cardenal de Aragon y legado de Clemente en España, que para salir con su intento no dejó piedra que no moviese. D. Juan, conde de Ampúrias, era vuelto á Barcelona: asegurábale la estrecha amistad que tuvo con aquel rey en vida de su padre, la fortuna que corrió por su causa. Suelen los reyes poner en olvido grandes servicios por pequeños disgustos, y recompensar la deuda, en especial si es muy grande, con suma ingratitude. Echáronle mano y pusieronle en prision: el cargo que le hacian y lo que le achacaban

era que intentó valerse contra Aragon para recobrar su Estado de las fuerzas de Francia; grave su culpa, si ellos mismos á cometella no le forzaran.

Los alborotos de Cerdeña ponian en mayor cuidado: consultaron en qué forma los podrian sosegar; ofreciase buena ocasion, por estar los sardos cansados de guerras tan largas, y que deseaban y suplicaban al rey pusiese fin á tantos trabajos. Acordó el rey de enviar por gobernador de aquella isla á D. Jimen Perez de Arenos, su camarero. Llegado, se concertó con doña Leonor de Arborea, en su nombre y de su hijo Mariano, que tenia de su marido Brancaleon Doria, en esta forma: que el juzgado de Arborea les quedase para siempre por juro de heredad; para los demas pueblos á que pretendian derecho, se nombrasen jueces á contento de las partes, con seguridad que estarian por lo sentenciado; los pueblos y fortalezas de que durante la guerra se apoderaron por fuerza, y en que tenian guarniciones, los restituyesen al patrimonio real y á su señorío. Firmaron las partes estas capitulaciones, con que por entonces se dejaron las armas, y se puso fin á una guerra tan pesada.

## CAPÍTULO V

**De la paz que se hizo con los ingleses.—Los ingleses y portugueses ponen sitio á Benavente, y la peste les obliga á retirarse.—La muerte del rey D. Juan.—Los ingleses y franceses hacen treguas y vuelven sus fuerzas contra los infieles.—De las cosas de Aragon.—Los franceses hacen una entrada por Cataluña, causando muchos males en lo de Ampúrias y Girona.—De los principios de D. Enrique, rey de Castilla.—El arzobispo D. Pedro Tenorio encubre algun tiempo la muerte del rey D. Juan.—Hace proclamar á D. Enrique.**

Las pláticas de la paz entre Castilla é Inglaterra iban adelante, y sin embargo, se continuaba la guerra con la misma porfía que ántes. Seiscientos ingleses á caballo y otros tantos flecheros (que los demas de peste y del mal pasar eran muertos) se pusieron sobre Benavente. Los portugueses eran dos mil de á caballo y seis mil de á pié. El gobernador que dentro estaba, por nombre Alvaro Osorio, defendió muy bien aquella villa, y áun en cierta escaramuza que trabó, mató gente de los contrarios. El rey de Castilla, avisado por la pérdida pasada, no se queria arriscar, ántes por todas las vias posibles excusaba de venir á batalla. El cerco con esto se continuaba, en que algunos pueblos de aquella comarca vinieron á poder de los enemigos. El provecho no era tanto quanto el daño que hacia la peste en los estrafios, y la hambre que padecian á causa que los naturales parte alzaron, parte quemaron las vituallas, vista la tempestad que se armaba. Por esto, pasados dos meses en el cerco sin hacer efecto de mucha consideracion, juntos portugueses é ingleses por la parte de Ciudad-Rodrigo se retiraron á Portugal.

Los soldados aflojaban, enfadados con la tardanza y cansados con los males: olian otrosí que entre los príncipes se trataba de hacer paces, que les era ocasion muy grande para descuidar. Los más deseaban dar vuelta á su tierra como es cosa natural, en especial cuando el fruto no responde á las esperanzas. Apretábase el tratado de la paz; que estas ocasiones todas las facilitaban más. Así, el rey de Castilla, por tener el negocio por acabado, despidió los socorros que le venian de Francia, y todavía, si bien llegaron tarde y fueron de poco provecho, les hizo enteramente sus pagas, parte en dinero contado, que se recogió del reino con mucho trabajo, parte en cédulas de cambio. Despachó otrosí sus embajadores al inglés, con poderes bastantes para concluir. Hallábase el duque en Troncoso, villa de Portugal. Allí recibió cortesmente los embajadores y les dió apacible respuesta. Á la verdad á todos venia bien el concierto: á los soldados dar fin á aquella guerra desgraciada para volverse á sus casas, al duque porque por medio de aquel casamiento que se trataba, hacia á su hija reina de Castilla, que era el paradero del